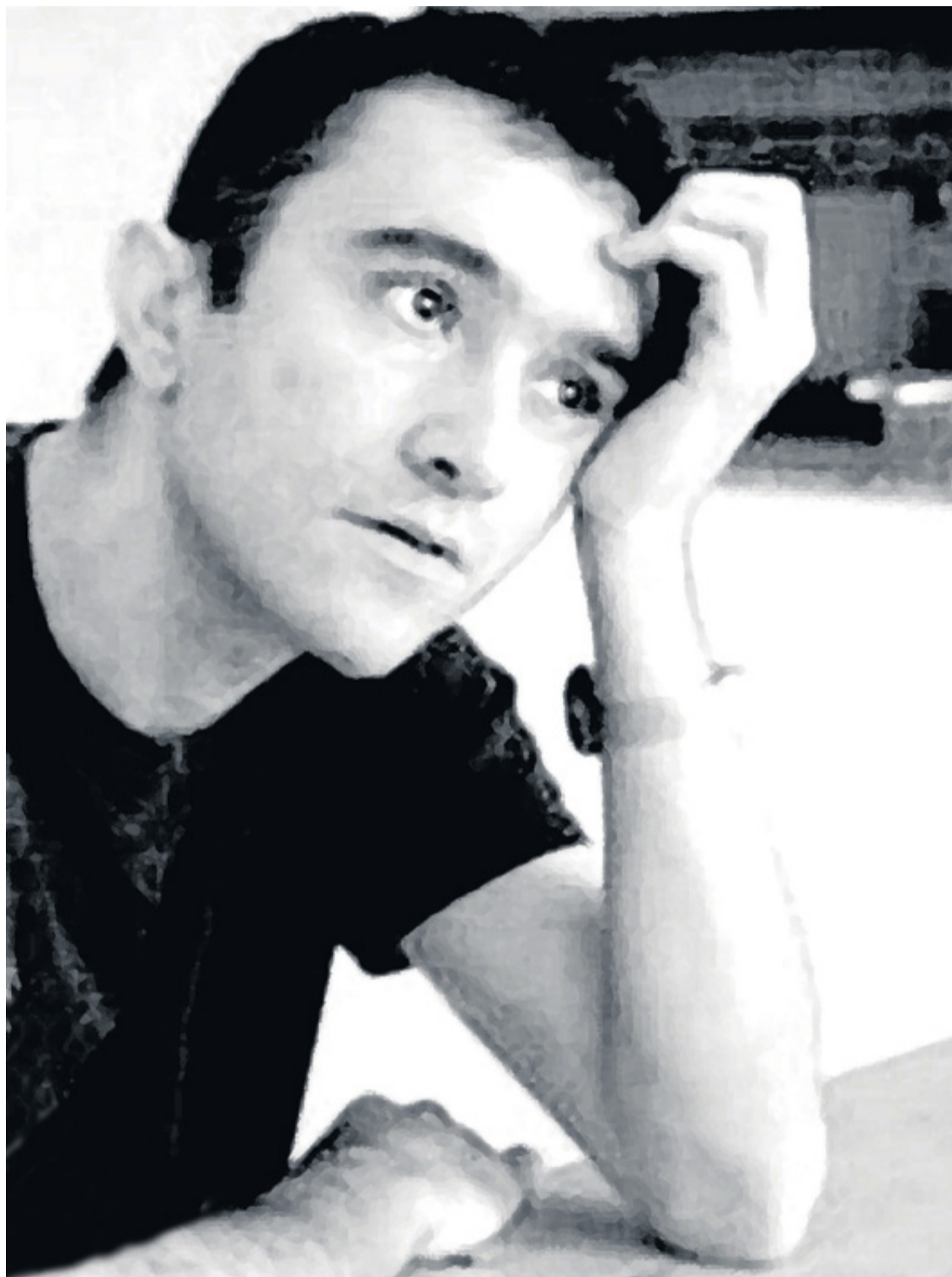


La miranda

PÁGINAS DE CULTURA

lamiranda@epi.es - blog.diariodeibiza.es/lamiranda

Nº 70



Los 'Asuntos propios' de José Morella

Nació en Sant Antoni en 1972 y vive en Barcelona desde que llegó a esta ciudad para realizar sus estudios universitarios. Es autor de un libro de poemas, 'Tambor de luz', y de dos novelas, 'La fatiga del vampiro' y 'Asuntos propios'. Por esta última, publicada este año por la editorial Anagrama, fue finalista del Premio Herralde. Se trata de una historia que tiene como protagonista a dos seres marginados por la sociedad: Roberto, un traductor jubilado, y Jacinta, su asistente africana. **Páginas 26 y 27**

José Morella

ESCRITOR

«Los inmigrantes agradecerían que les dejáramos en paz»

El escritor ibicenco José Morella ha publicado 'Asuntos propios' tras quedar finalista del Premio Herralde, una novela sobre la marginación y los prejuicios de la sociedad actual hacia todo lo que desconoce

FERNANDO DE LAMA

■ José Morella (Eivissa, 1972) ha obtenido el reconocimiento de la crítica con su segunda novela, 'Asuntos propios', publicada por Anagrama tras quedar finalista del prestigioso Premio Herralde. En ella repasa los miedos de la sociedad actual a través de sus dos protagonistas, Roberto, un traductor jubilado, y Jacinta, su nueva asistente africana. La relación amorosa que surge entre los dos desata la envidia y los prejuicios de las personas que están a su alrededor y acaba coartando su libertad de amarse y de vivir su vida a su manera.

—Ha elegido como protagonistas de 'Asuntos propios' a dos marginados, un viejo y una inmigrante, ¿Considera que se trata de una novela sobre la marginación?

—Sí, me parecía necesario hablar de cómo discriminamos. No sólo de la discriminación obvia de quien siente rabia contra el extranjero, sino también de ese discurso buenista que trata al inmigrante con un irritante paternalismo, como a alguien necesitado de ayuda. Es decir, como a alguien inferior. Pero no lo es. Es un igual. A los europeos nos encanta el papel de benefactores de la humanidad, y lo usamos para lavar nuestra conciencia y proyectar una egocéntrica imagen de héroe de salón. Yo creo que los inmigrantes, como todo el mundo, agradecerían mucho que, simplemente, les dejáramos en paz. Que los ignoráramos, que nos ocupáramos de nuestros asuntos. Los extranjeros no piden que les marginemos ni que les protejamos. Ambas cosas sobran. Por eso un 'progre' y un conservador se parecen: los dos quieren meter baza. Uno quiere arreglar el mundo, el otro controlarlo. Roberto y Jacinta no le piden nada a nadie. Son los demás quienes se interponen en sus vidas.

—Precisamente ellos son los únicos que muestran inteligencia, espiritualidad, independencia, sentimientos humanos, unos valores que parece que niega a los demás, a la sociedad que les margina.

—Solemos marginar por pura inconsciencia, guiados por emociones. Por el contrario, cuando nos esforzamos en observar al otro con la conciencia alerta, sin dejarnos llevar por impulsos, es mucho más difícil discriminar. En lo que disiento de tu planteamiento es en que los que marginan no tengan sentimientos humanos. Es justo lo contrario, están desbordados por los sentimientos: el miedo a perder las posesiones materiales, el miedo a lo desconocido, los mecanismos psicológicos de defensa, todas esas cosas son muy humanas. Nos definen. El error nos define, es nuestro modo de aprender. No entiendo por qué unas sociedades tan supuestamente avanzadas como



José Morella



A los europeos nos encanta el papel de benefactores de la humanidad, y lo usamos para lavar nuestra conciencia. Los extranjeros no piden que les marginemos ni que les protejamos. Ambas cosas sobran. Por eso un 'progre' y un conservador se parecen: los dos quieren meter baza»

las europeas tienen tanto miedo a sus propios errores. ¿No será que no son tan avanzadas como parecen? La hija de Roberto es terca y estrecha de miras, pero no es esencialmente una mala persona. Su racismo es, simplemente, inconsciencia y ceguera. Ni siquiera conoce a Jacinta. No sabe lo que hace, no sabe lo que dice. Está equivocada. La buena noticia es que estar equivocado tiene arreglo. Los marginados, por supuesto, también se equivocan. Roberto se equivocó ausentándose de la educación de su hija, cuarenta años atrás. Yo no dife-

rencio entre dos grupos, marginados y opresores, en la sociedad. Todos podemos ser una cosa u otra en momentos determinados. Nuestra identidad es muy elástica, no se parece a sí misma todo el tiempo.

—La familia tampoco sale muy bien parada, incluso comienza escribiendo que la familia nos reprime y a la vez nos obliga a hacer cosas que no deseamos.

—No, en absoluto digo que la familia nos reprima o nos obligue a nada. Lo que digo es que, para conocer a tu propia familia, un

buen método sería preguntarte qué cosas haces y no harías, y qué cosas harías pero reprimes. No es lo mismo. Tampoco digo que las represiones sean necesariamente negativas, ni que hacer lo que uno quiere sea siempre positivo. Imaginemos, por ejemplo, que quiero entrar en un bar con un rifle y matar a todo el mundo. Mejor reprimirse, ¿no? Mucha gente ha visto en ese párrafo inicial de mi novela una crítica a la familia, pero no lo es. En otro sitio he dicho que criticar o alabar a la familia en abstracto no significa nada, no tiene sentido. Otra cosa, muy distinta, es que algún miembro de la familia se otorgue la autoridad sobre otro miembro sin habérsela ganado a base de esfuerzo, amor y respeto. Eso es lo que se critica en mi novela y lo que tiene que enfrentar Roberto, el protagonista.

—Lleva mucho tiempo como profesor de español para inmigrantes, supongo que el personaje de Jacinta ha bebido de las experiencias de esas personas y de su choque cultural y social al llegar al 'primer mundo'.

—Enseño español a extranjeros, pero con inmigrantes estuve sólo unos meses. Y sí, las experiencias que tuve con ellos tienen

algo que ver con Jacinta. Pero también me inspiré en cualquier otra cosa: lecturas, discusiones con amigos, conversaciones escuchadas en el autobús... Un poco de todo.

—‘Asuntos propios’ es su segunda novela, publicada tras resultar finalista del Premio Herralde. ¿Ha tenido problemas para publicar sus libros? ¿Considera que los premios son una salida real?

—Respecto de los premios, la verdad es que no sé... Para mí, obviamente, el premio Herralde ha sido una salida real, y la experiencia de publicar en Anagrama un curso práctico y acelerado de humildad. Publicar es difícil, pero por mi experiencia, no sé qué les pasa a otros, creo que a veces los escritores nos complicamos un poco las cosas. Nos sentimos miserables si no nos publican, como si nuestra felicidad dependiera de eso. Y no es así. Hay que relajarse y disfrutar escribiendo para que valga la pena hacerlo. Es posible, a mí me ocurrió, que la ansiedad por publicar ocupe demasiado tiempo y energía en la vida de los jóvenes, y esa energía se pierde para lo creativo. Además los escritores tenemos suerte: piensa en lo que le cuesta a un director de cine que le produzcan una película y en las complicaciones técnicas que conlleva. Nosotros sólo necesitamos un ordenador viejo, y a veces ni eso.

—El libro ha tenido muy buenas críticas, ¿eso le anima para trabajar en nuevos proyectos?

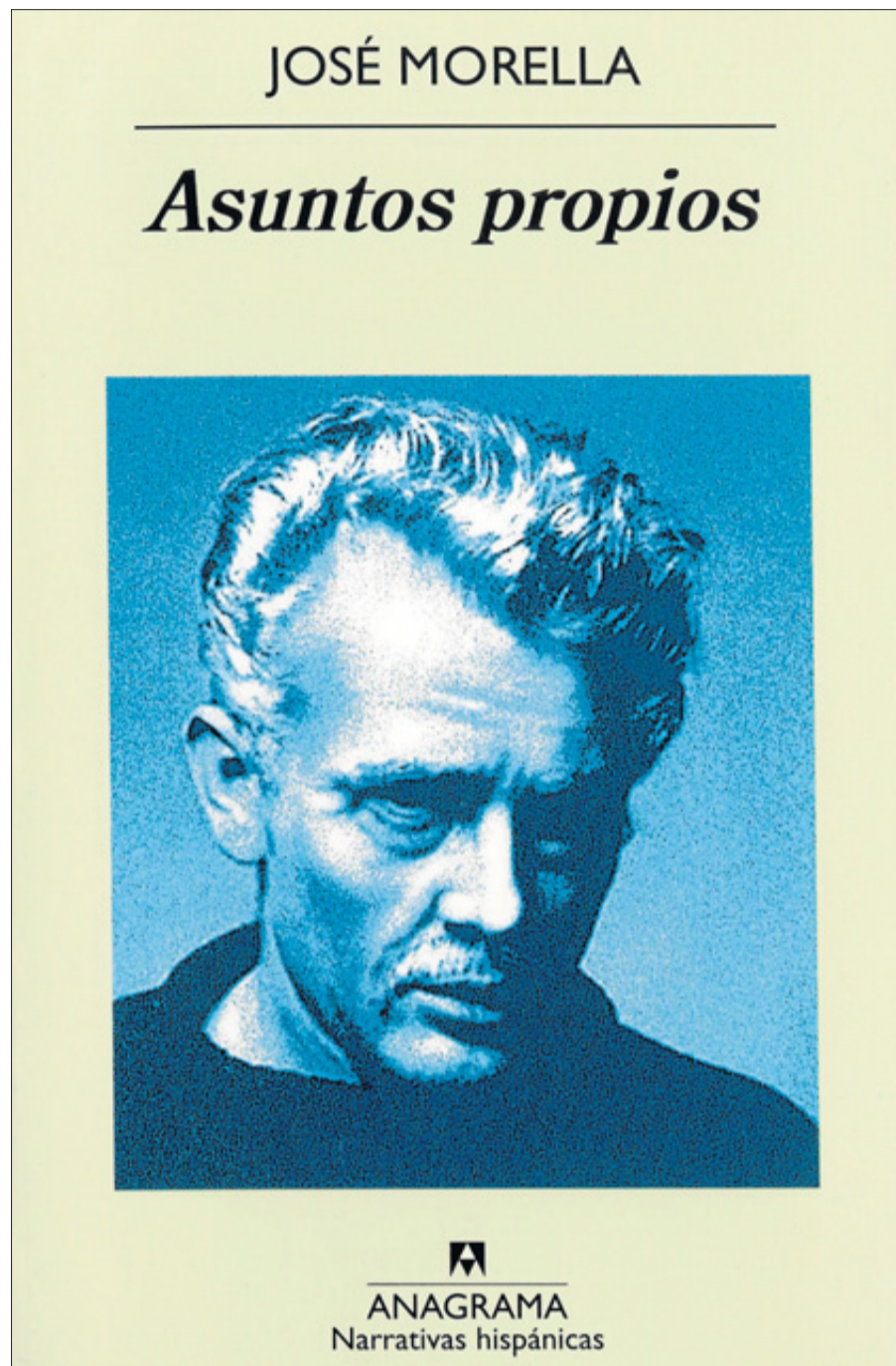
—La simple publicación del libro ya fue suficiente como para animarme durante años. Lo de las buenas críticas me alegra muchísimo y también me alivia, porque soy, como tantos escritores (y tantas personas) demasiado susceptible a las críticas negativas.

—El protagonista de la novela, Roberto, es traductor, algo en lo que usted también ha trabajado, y le utiliza en el libro para exponer su forma de ver este trabajo y para criticar la forma en que se hacen muchas traducciones.

—Bueno, muchas traducciones son malas, pero es que eso es normal: vivir exclusivamente como traductor literario es poco menos que imposible, y quien lo hace no siempre tiene tiempo de detenerse en muchas sutilezas. Yo sólo he traducido un par de cosas, y no lo he hecho por el dinero sino para disfrutar y aprender. Si tuviera que comer de la traducción habría trabajado con mucha más prisa. Los traductores no son los únicos responsables de la calidad final del trabajo.

—Además de los libros colabora habitualmente en blogs y revistas literarias en internet, ¿cree que la pantalla acabará comiéndose al papel?

—Por el momento veo difícil que la pantalla se coma al papel, porque sus propias características dificultan tener una experiencia de lectura parecida a la que se tiene con un libro. No es que sea peor, simplemente es otra experiencia. Mientras lees en pantalla, estás a un solo clic de mirar tu correo, o escuchar tu música favorita en Youtube, o saber la última noticia de tus amigos en Facebook, o consultar cualquier periódico nacional o internacional, o... ¿Cómo es posible, en esas condiciones, leer más de cinco páginas seguidas? Habría que ser un monje budista para no responder a tanto estímulo. Internet te da cantidad y superficialidad, mientras que un libro suele centrarte: te protege de lo externo y te ofrece profundidad, estoy generalizando, claro: hay libros frívolos y webs fascinantes. Pero la sensación de es-



Portada de 'Asuntos propios', publicada por Anagrama



Algunos libros son productos de consumo que se nos imponen globalmente del mismo modo que se impone una marca de perfume o de tabaco. Normalmente son textos profilácticos que no afectan ni aluden de un modo directo al lector, que no le comprometen»



Por el momento veo difícil que la pantalla se coma al papel, porque sus propias características dificultan tener una experiencia parecida a la que se tiene con un libro. No es que sea peor, simplemente es otra experiencia»

EL PERFIL

Escritor y profesor de español para extranjeros

■ Morella es profesor de español en Barcelona, una profesión que también ejerció en Brasil, e intenta escaparse tres o cuatro veces al año a Sant Antoni, donde creció y donde aún vive su familia. Estudió Teoría Literaria y Literatura Comparada en la Universidad Autónoma de Barcelona. Antes de 'Asuntos propios' había publicado un libro de poemas, 'Tambor de luz', y la novela 'La fatiga del vampiro', publicada por la editorial vasca Bassarai, además del manual de trabajo 'Trueque: Manual de español para inmigrantes'. En Barcelona ha trabajado como profesor de español para inmigrantes y también para refugiados políticos, a través de un convenio de colaboración de la Escuela Mediterráneo con la Comisión Española de Ayuda al Refugiado (CEAR).

tar totalmente envuelto y atrapado por una historia es difícil de conseguir en Internet. Por no hablar de que te dejarías los ojos en el intento.

—En sus críticas en Internet suele disparar contra la literatura de masas y eso que se conoce por el mundillo literario.

—Algunos libros son productos de consumo que se nos imponen globalmente, del mismo modo que se impone una marca de perfume o de tabaco. La gente no elige libremente esos libros, del mismo modo que no elige libremente sus zapatillas de deporte o sus gafas de sol. Primero nos dicen a quién admirar, por ejemplo un actor o un futbolista, y luego nos inducen a comprar las fruslerías que el tipo anuncia por la tele. Y ciertos libros se venden con estrategias parecidas. Te hacen creer que necesitas leer ese libro porque todo el mundo lo lee. Normalmente son textos profilácticos que no afectan ni aluden de un modo directo al lector, que no le comprometen. No hay peligro de indigestión. En fin, que no es como leer a Bolaño. No pasa nada, hay que aceptarlo. Los libros tienen precio, la literatura no. Por otra parte, llevo años escribiendo en Internet, creo que seis o siete, y he publicado cosas que ahora no suscribiría. Uno cambia mucho con el tiempo, y luego discute con lo que ha escrito.

—Salió de Eivissa hace ya años para estudiar y luego trabajar en Barcelona, ¿qué relación mantiene actualmente con la isla?

—Soy de Sant Antoni, y toda mi familia vive allí, así que estoy bastante conectado con la isla. Me gustaría visitarla más, aunque mis tres o cuatro escapadas anuales no me las quita nadie. Vivir fuera me ha hecho valorar la isla de verdad, porque a veces hay que tomar distancia para darse cuenta de las cosas. Veo Eivissa como un lugar muy plural, que absorbe y acepta lo nuevo sin apenas resistencia. Sin querer idealizarla, pero habiendo viajado bastante durante mi vida, me atrevo a decir que no debe de haber muchos lugares tan diversos y tolerantes.

La nueva vieja comedia

'Hazme reír' y 'Resacón en Las Vegas': evolución de la vieja comedia americana

CARLES FABREGAT

■ En 'El rey de la comedia' (1983), de Martin Scorsese, Jerry Lewis (su personaje en la película era un trasunto de sí mismo) encarnaba a un cómico consagrado al que acosaban los cazadores de autógrafos, tribu salvaje dispuesta a zarandearle, perseguirle e incluso secuestrarle por el procedimiento del abrazo del oso, o lo que vendría a ser lo mismo, por aquel castizo aforismo del «tanto te quiero, que te aboñego».

Con ciertos puntos de contacto, en la muy reciente 'Hazme reír', Adam Sandler (quien también oficia en ella de sí mismo) interpreta igualmente a un actor y humorista famoso, libre en su caso de poder pasear tranquilamente entre sus conciudadanos, quienes han visto sustituidos el bolígrafo y el bloc por un móvil de última generación (capaz por supuesto de hacer fotos con una razonable cantidad de megapíxeles) o por la cámara compacta, cada vez más presente en el manual de supervivencia de todo urbanita moderno que se tenga por tal.

En aquella cinta, Jerry Lewis también paseaba entre sus congéneres, por supuesto. Cuantos más mejor, para evitar así ser sorprendido en cualquier ángulo oscuro por un cazador de autógrafos del tipo Mark Chapman, quien acabó con la vida de su idolatrado John Lennon por el procedimiento de seguir (según afirmó) las consignas del manual que llevaba en el bolsillo: un ejemplar de 'El guardián entre el centeno', de Salinger.

En el intervalo que separa a ambos films, un cuarto de siglo, ha tenido lugar el advenimiento de lo que Andy Warhol profetizó como el cuarto de hora de gloria preceptiva reclamable por todo hijo de vecino. En la época de Lewis (o más bien en la de su personaje en 'El rey de la comedia', Jerry Langford), el éxito todavía se trataba de un acontecimiento, algo a envidiar. Por eso creían poder arrebatárselo, convencidos como estaban de que lo poseía, como una fórmula o un secreto. Los vecinos de Sandler, en cambio, saben que sólo es una cuestión de tiempo que les llegue su momento. Mientras tanto, se limitan a fotografiarle como un elemento más del álbum familiar del que un día también ellos habrán de formar parte.

La brillante premonición de Scorsese en 'El rey de la comedia' es que el aspirante a famoso de rasgos psicopáticos —enajenado perdedor apostado en la trastienda del sistema—, pueda llegar a arrebatarse la corona al ídolo establecido. Ahora, personajes como el suyo pueblan cada edición de Gran Hermano, elegidos por un equipo de expertos que probablemente extraen sus nombres de un bolsín de trabajo para aspirantes a la gloria. Los personajes de 'Hazme reír' en cambio —otra mala versión española de un título original (en este caso 'Funny People')—, viven permanentemente inseguros en una montaña rusa de ascensos y caídas. Desde el mismo momento en que se socializó el éxito, quedó socializado el fracaso.

En parecido sentido, el personaje de Sandler, al contrario que el de Lewis, no es un triunfador bien vestido. Se hace difícil distinguirlo de otro joven cualquiera, a pesar de haber sobrepasado ya la cuarentena. Tanto él como el resto de cómicos que le acompañan en la película sufren la fiebre del éxito como una enfermedad crónica, mientras se lanzan chistes unos a otros como único



Adam Sandler protagoniza la comedia 'Hazme reír'

asidero ante la incertidumbre. Muchas de sus bromas son del tipo caca, culo, pis, eternos adolescentes obsesionados con el tamaño de su pene. Aunque quepa también ver en esto el temor de los productores a perder el favor del público con acné, convertido cada vez más en un seguro para la taquilla.

Humor judío

Y no obstante, cabe tener en cuenta a 'Hazme reír' como una variante de las clásicas historias sobre payasos que ríen por fuera mientras lloran por dentro, de paso que nos ilustra sobre la función del humor (y del amor) como reversos de la muerte. Algún conocimiento exhibe el coronado nuevo rey de la comedia, Apatow, a propósito del alma humana, patética y gozosa a la vez, noble y miserable a partes iguales. Cosa que nos es mostrada principalmente por medio de la amistad entre ese comediante débil y melancólico que compone Seth Rogen, y ese macho dominante indelicado y autosuficiente encarnado por Sandler.

Si hacemos abstracción de su tendencia a regodearse en lo escatológico y a abusar de aquellas bromas más bien propias de un patio de colegio, queda a pesar de todo una nada desdeñable exploración de los mecanismos mismos de la comicidad y del confrontamiento entre vida privada y vida pública para aquellos que decidieron someter su deseo al mundo del espectáculo. Seres generalmente solitarios y a menudo autodestructivos, exigidos por las demandas del público, que sienten gravitar sobre sí como una losa.

Los amigos de colgar etiquetas e inmortalizar los tics de su propia generación —a

base de elevarlos a la categoría de clásicos—, ya se han aprestado a saludar a Judd Apatow como al artífice de una nueva comedia americana, allí donde lo más sensato aconsejaría hablar de lógica evolución, y en algunos casos de pura continuidad, de la misma forma que la «comedia madrileña» supuso más que una ruptura, la puesta al día de los mismos sainetes hispanos con sabor a aceite y a tortilla de ajo.

Los actuales cultivadores del «club de la comedia», que son legión, cuentan con un lejano precedente en la figura de Lenny Bruce —a quien Bob Fosse dedicó una película en 1974 protagonizada por Dustin Hoffman—, cómico de los años cincuenta con quien también comparte rasgos el personaje encarnado por Robert de Niro en 'El rey de la comedia'. En este caso una suerte de Eva Harrington —la de 'Eva al desnudo'— de inquietantes tintes psicopáticos.

Todos ellos, incluidos los de 'Hazme reír', son en realidad practicantes del llamado humor judío, la principal característica del cual consiste en levantar las barreras de la represión (con el consiguiente ahorro de energía inmediato) por el alivio —sancionado con la risa— que proporciona ver descubiertas y exageradas las propias miserias en público por medio de una ocurrencia. No es de extrañar que Freud, también judío, explorara los mecanismos del chiste en uno de sus más conocidos ensayos. El problema de 'Hazme reír' es que la mayoría de tales ocurrencias giran en torno al tamaño de los genitales. «Los monólogos son como una polka», dice uno de los personajes de la cinta mientras sacude rítmicamente la pelvis.

Si no ya la «nueva comedia», tal vez haya que buscar al menos un buen ejemplo de co-

media actual americana en Todd Phillips, y especialmente en su más reciente película: 'The Hangover', o sea, «la resaca», rebautizada aquí con el estúpido y presuntamente oportunista título de 'Resacón en Las Vegas'. Responsable de un tipo de comedia gamberra que guarda menos puntos de contacto con el estilo Apatow de lo que pudiera parecer (si acaso les unirían las salidas de tono verbal), el último título de Phillips se acercaría más al Scorsese de 'After Hours' ('¡Jo, qué noche!').

Mientras los personajes del primero son por lo general seres egoístas y melancólicos que despiertan ternura e invierten buena parte del tiempo en lamentarse de su (mala) suerte, los del segundo poseen un halo de patetismo y vulgaridad que les acerca al lado más oscuro del ser humano. Así, 'Resacón en Las Vegas' es capaz, entre broma y broma, de denunciar la brutalidad policial gratuita y de dibujar a sus personajes como entes diferenciados, a los que va desnudando a lo largo del metraje hasta llevarlos más allá de su simple apariencia inicial.

Hay que agradecerle además que esta cinta se revele como una variante de la corriente de historias que van desvelando su trama a partir del testimonio de varios privilegiados observadores (como ilustres modelos: 'Rashomon' o 'Ciudadano Kane'), mientras nos enteramos de «lo que verdaderamente sucedió» al verlo narrado en fotos durante los títulos de crédito. Y también que al final no nos endose el consabido mensaje pro familia unida, como al fin y al cabo sucede en todas las de Apatow, prueba inequívoca de que la «nueva comedia» es a la postre tan conservadora en sus postulados como buena parte de la vieja.

Una Bohème ibicenca

PAUL HOLLELEY

■ El calor del sol de septiembre es una de las cosas buenas para cualquiera que visite la isla de Ibiza. Ser amante de la ópera y encontrarte con una producción de primera calidad de una de las grandes obras de Puccini, también lo es. Pero ser testigo de un concepto que fusiona con gracia el estilo relajado de la isla con la pasión por la música de Puccini fue todo un auténtico placer.

La semana pasada, en el Palau de Congressos de Santa Eulària des Riu, un público fastuoso y agradecido se encontró con una representación de *La Bohème*, con la que nunca antes se había topado. El director y empresario Armin Heinemann fue el inspirador de esta individualista representación de 'La Bohème de la isla', en la que recurre tanto a los elementos y vestimentas tradicionales de Ibiza, como a su antigua cultura hippy.

«Vivimos para la Libertad, vivimos para el Amor», declaran los personajes. Pero los bohemios pronto se darán cuenta de que ni la libertad ni el amor son tan sencillos: el amor verdadero tiene la fea costumbre de echarse a perder y limitar el «buen rollo».

Situados en la amplia extensión del escenario del Palau, decorado de manera sencilla con pantallas, una retroproyección y bloques, nuestros amigos bohemios estaban rodeados de figurantes consumidores de drogas y practicantes del amor libre. La obra nos sitúa allá por la década de los 70, en la época del *flower power*. Pero nuestros amigos precisan de algo más que el sentido del hedonismo para seguir adelante: necesitan



Una de las escenas de *La Bohème* «ibicenca», en Santa Eulària

LORENA PORTERO

escribir, pintar, componer y, por supuesto, filosofar, actividades que en ningún caso les reportarán lo suficiente para tener algo que echarse a la boca o pagar el alquiler.

La vida es aún más complicada para las mujeres: primero tenemos al poeta Rodolfo, interpretado de forma rotundamente apasionada por Rafael Vázquez Sanchís, que se enamora perdidamente de la dulce y cándida Mimí, cantada con sensible musicalidad por Nelly Palmer. Y después tenemos a Marcello, el pintor, que no para de tener quebraderos de cabeza con su vivaz no-

via Musetta.

Teniendo como telón de fondo a una serie de personajes del gran guñol haciendo malabarismos y caminando sobre zancos, su enfrentamiento del Segundo Acto fue uno de los platos fuertes. Caracterizada como una dominatrix, la voz de Jane Harrington se elevó tan alta y segura como el látigo que usaba con su «papito», de nombre Alcindoro.

Enrique Sánchez Ramos puso voz al (temporalmente) rechazado Marcello con un excelente y apasionado barítono. El habitual-

CREACIÓN: ARMIN HEINEMANN

'La Bohème de la isla'

Versión de la ópera de Puccini, basada en el espíritu ibicenco de los años 70.

mente nervioso músico, Schaunard, papel cantado por Nicholas Garrett, y el apacible filósofo Colline, interpretado por el suntuoso bajo de Frédéric Bourreau, miran con benévolo regocijo.

La música de *La Bohème* constituye todo un reto, pero el público se sintió inmediatamente tranquilizado por el calmado control ejercido desde el piano de cola del escenario por Bendix Dethleffsen, director musical de la obra, que interpretó de manera impecable la música y, evitando cualquier tipo de sentimentalismo manifiesto, nos introdujo en el corazón del mundo musical de Puccini.

Allí estuvieron presentes todos los demás elementos de cualquier buena representación: un vestuario espléndido e imaginativo, un maquillaje fabuloso y pelucas extravagantes.

En cuanto a la libertad, esta acabaría siendo la ruina de Mimí, pero la escena final, arriesgadamente atrevida en su concepto, nos dejó a los espectadores sin ningún tipo de dudas respecto a los valores que los bohemios de la isla perseguían en realidad.

Una noche espléndida.

'El sirviente' de Robin Maugham

VICENTE VALERO

■ Ambientada en Londres poco después de la II Guerra Mundial, 'El sirviente' es el relato de una sórdida posesión. Nos lo cuenta un personaje llamado Richard Merton y se trata de la historia de un íntimo amigo de éste, Tony, cuyo débil carácter es aprovechado por su mayordomo, Barrett—el sirviente—, personaje oscuro y siniestro, para hacerse con el control de su vida y de sus bienes.

Aunque el éxito definitivo de este relato vino de la mano del cine, en 1963, con una estupenda versión de Joseph Losey, con guión del dramaturgo Harold Pinter e interpretación de Dirk Bogarde en el papel de mayordomo, lo cierto es que el relato en sí mismo, con su prosa eficaz, sin adornos, y su ritmo rápido, contiene muchas cualidades, consigue crear una atmósfera asfixiante de misterio y delincuencia a la vez, explora de manera concisa pero implacable en el interior oscuro del ser humano.

Perturbador de principio a fin, la historia envuelve a sus protagonistas en una nube negra de dominación, humillación y pasiones oscuras que altera bruscamente las relaciones entre los amigos y socava las barreras morales convencionales. Con todo, a menudo lo que no se dice o lo que sólo aparece sugerido cobra mayor importancia, en un entramado donde la sexualidad es la protagonista.

Robin Maugham (1916-1981), vizconde Maugham of Hartfield, era sobrino del célebre novelista William Somerset Maugham y,



R. Maugham con su tío William Somerset

como su tío, fue también un gran viajero y autor de libros de viaje, además de espía del M16, los servicios secretos británicos. Es de gran interés, por ejemplo, 'The Slaves of Timbuktu', de 1961, obra en la que investiga sobre la esclavitud en África y Arabia, en donde sirvió como miembro del servicio de inteligencia durante la II Guerra Mundial. En 1960 ocupó un asiento en la Cámara de los Loes.

Escribió también un magnífico libro de memorias familiares, 'Huyendo de las sombras',



Portada del libro

de 1972, en el que viene a decir que para conseguir la libertad individual tuvo que prescindir primero de dos sombras poderosas en su familia, la de su rígido y severo padre y la de su tío, el famoso novelista; después, de una tercera sombra: el sentido de culpa en una sociedad que calificaba su homosexualidad como algo perverso.

Tuve oportunidad de leer estas memorias hace unos años, en un ejemplar que me pres-
tó Vicente Ribas, dedicado por el autor, pues,

ROBIN MAUGHAM

© CABARET VOLTAIRE, 2009

El sirviente

El relato fue llevado al cine por Joseph Losey en 1963 con guión de Harold Pinter e interpretación de Dirk Bogarde

como es sabido, Robin Maugham tuvo una casa en Santa Eulària y fue un asiduo visitante de la isla durante algunos años. (Escuchar a Vicente Ribas contar los entresijos de las cenas que organizaba todos los sábados el vizconde, con mayordomo o «sirviente» con guantes blancos, y a las que él asistía como invitado, era sin duda uno de esos episodios dignos del «mito» de Eivissa). Hubo también una versión teatral de 'El sirviente', cuyo estreno en Madrid, a finales de los 60, estuvo marcado por la polémica. A aquel estreno asistieron, acompañando al autor, bastantes personajes del 'mundillo' ibicenco, entre ellos, el falsificador Elmyr de Hory, a quien la policía ya le estaba pisando los talones.

Sin llegar a la brillantez de las novelas de su tío, Robin Maugham es autor de algunos relatos muy notables, entre los que sin duda destaca 'El sirviente', escrita en 1948, ahora reeditada en español por la editorial Cabaret Voltaire, en traducción de José Manuel Álvarez Flórez, y con una portada que nos lleva directamente a la versión cinematográfica.

Escuelas etíopes: un futuro de barro

La educación será una base para que las sucesivas generaciones puedan ser más independientes

MARIO RIERA

■ La educación siempre es garantía de futuro. Las largas hileras de niños bordeando la carretera camino del colegio, da fe de que el país se acoge a ella en un intento de mirar más allá del simple presente.

La riqueza cultural de Etiopía no se aprende en las escuelas, pero éstas ayudan a adquirir unos conocimientos básicos que pueden ayudar a cientos de miles de niños a dar un paso más para alejarse de la pobreza. No cabe duda de que es el camino a seguir, el mismo camino que siguen los niños hacia sus destartados colegios, desprovistos de casi todo, acarreado a duras penas libros que agonizan en páginas gastadas y maltrechas.

En muchos casos, el acto de fe de los padres, dura lo que permite la necesidad, así que es fácil encontrar jóvenes pastores en horario escolar haciendo labores demasiado tempranas para su edad. De todas formas, cada vez son más los que persisten, porque creen en ello y porque el gobierno, que ayuda menos de lo que podría, lanza mensajes en ese sentido, para conseguir una alfabetización aceptable dentro de los parámetros de un país con una estructura económica muy precaria y unas costumbres arraigadas a la tradición oral.

Las horas de entrada y salida de los colegios, son el termómetro de una nación que avanza desde sus más jóvenes, sustituyendo los batallones de soldados que años atrás iban hacia guerras inútiles y que a cada paso adelante retrocedían otro en el desarrollo del país. Los conflictos armados destruyen cualquier signo de evolución y hoy en día, parece ser que los etíopes se han cansado de ser manipulados por sus gobiernos en disputas endogámicas que utilizan el orgullo guerrero como excusa. Este lastre de la historia reciente, además de dejar una larga lista de muertos y familias rotas, no pudo sustentar a sus gentes con una educación básica que les diera un mínimo de porvenir.

Ahora, al menos, todos saben que es importante acudir al colegio, aunque sea hacerlo con escasos medios y en barracones de barro donde los abnegados profesores intentan combatir la precariedad en turnos de mañana y tarde.

Aulas de esperanza

Entrar en una de esas escuelas rurales, nos hace sentir que el saber está donde está la voluntad y el sacrificio, sin necesidad de tecnología y de grandes aulas plenamente equipadas. Cada uno hace lo que puede y al son de una canción que sirva como regla mnemotécnica para aprender cualquier relación de conceptos, los chicos se esfuerzan con gran respeto, conscientes de tener la suerte de estar ahí y no en mitad del monte cuidando el ganado.

No importan los uniformes desgarrados o los pies sucios en el piso de tierra, no importan los pupitres hechos de hojalata oxidada o los lapiceros gastados hasta lo imposible, lo que importa es ocupar su lugar y atender al profesor, intentar que ese día sirva para irse a casa con algo nuevo, algo intangible que permanece en sus



ELISENDA BELDA

mentes y sirve para que su futuro no sea el mismo que el de sus padres. Es cierto que el peso de la realidad pondrá después a cada uno en su lugar, pero la mayoría lo habrá intentado, habrán pasado por esas aulas de barro y habrán compartido junto con sus compañeros, los secretos del vocabulario amhárico, los inicios de las operaciones matemáticas o los nombres de personajes importantes en su historia.

Todo eso será una base para que las sucesivas generaciones puedan hacer algo más que quienes les precedieron y así, por encima de la fragilidad de un país expuesto a desequilibrios de todo tipo, avanzar por encima de la ignorancia hacia la cultura, hacia la tradición de un pueblo que fue distinguido y tuvo su esplendor en tiempos de Abisinia.

Se dice que Etiopía es la cuna del mundo, donde se han encontrado los restos humanos más antiguos, donde nuestra especie empezó a ser sabia, a utilizar los instrumentos para conseguir sus fines y a desarrollarse como ser superior dotado de inteligencia. Es, por tanto, Etiopía un país maltratado por la historia, donde la injusticia adquiere un carácter ancestral y decadente, donde el acceso al saber universal se convierte en la carencia más absoluta y donde el devenir de niños que acude cada día a sus clases es testimonio de un ímpetu nuevo por salir de un pozo de siglos demasiado profundo.

Cada vez son más los que avanzan hacia los estudios superiores, cada vez el grito es más fuerte por recuperar una independencia atenazada por la ayuda internacional de dudosas intenciones, porque estos países tan frágiles son, hoy en día, punto de mira de grandes potencias que ven en sus inversiones posibilidades de obtener recursos todavía no explotados, de generar un entramado industrial para conseguir mayores beneficios a costa del saldo de las vidas autóctonas.

Sólo un país que genere sus propios profesionales estará capacitado para tomar sus propias decisiones, situación todavía difícil hoy en día, pero asentada en una conciencia firme que debería desarrollarse si la ausencia de nuevos descabros lo permite y si la democracia autoritaria que impera en la zona no impone otras prioridades. Al fin y al cabo, la ilusión de un niño seguirá siendo la misma y sus posibilidades de futuro serán mayores cuanto más se alejen de él la enfermedad, la guerra y la ignorancia.



Ahora, al menos, todos saben que es importante acudir al colegio, aunque sea hacerlo con escasos medios y en barracones de barro donde los abnegados profesores intentan combatir la precariedad en turnos de mañana y tarde»